

El sol comenzó lentamente a iluminar la fachada derecha de la biblioteca pública, un edificio relativamente moderno, situado en el fondo norte de lo que en la ciudad se conoce como el Palacio del Rey Niño. Frente a un lateral de la catedral, una figura antropomorfa de piedra que se hallaba situada en la pared, activada por los rayos de luz, como por arte de magia, empezó a gesticular perezosamente con la cara, mientras observaba atentamente a una persona que deambulaba por allí, y decidió llamar su atención.

—¡Ssst, ssst! ¡Ssst, ssst!

La persona, que resultó ser una mujer, giró en torno a sí misma, tratando de localizar el origen del sonido, sin reconocer a nadie ni nada a su alrededor que pudiera emitirlo, quizá un pájaro o batracio capaz de originarlo. De nuevo, la figura insistió.

—¡Ssst, ssst! ¡Oye, moza! ¡Aquí! ¡Sí, sí, soy yo! ¿Tanta turbación te produce mi figura? ¿¡Tan feo soy, leche!?

Ella, presa de una sensación a caballo entre el pánico y la incredulidad, se quedó paralizada con la mirada fija en aquella figura de piedra que hablaba y se movía.

—Pero ¿qué es esto? ¿Es una broma?

—¿Qué broma ni que esturión muerto? ¿¡Es que no sabes quién soy!?

—No.

—¡Hay que amolarse con estos turistas! ¡No se enteran de nada!

—Pero ¿quién eres?

—¿Quién eres?, ¿quién eres? Pero ¿qué os enseñan a los turistas de ahora? ¿A montar en tuk-tuk o en el trenecito turístico ese y a comprar las yemas de Santa Teresa en la flor de Castilla? Pues ¡quién voy a ser! ¿Neptuno? ¡Soy Neptuno, leche! Bueno, en realidad, la estatua de Neptuno. Para ser más exactos, una de las miles de estatuas que tengo a lo largo y ancho de este mundo.

—¿Y qué haces aquí? ¿Qué quieres?

—Es que nunca pasa nadie por aquí. Y como te he visto, te he llamado para ver si puedes hacerme el favor de avisar a estos de la biblioteca para que me quiten de esta pared y me pongan en la fachada principal del edificio, a ver si me da el sol todo el día, que ya soy un poco viejo y paso frío, que aquí por la tarde es todo sombra y, claro, también para estar más visible a todos los visitantes.

—El caso es que yo estaba aquí fumando un cigarro porque este lugar está apartado, pero no sabía de ti, o sea, de la existencia de tu estatua.

—Tranquila, tranquila, ni tú ni nadie. Si es que yo, de joven, quiero decir, mi estatua, presidía un lugar principal en la entrada de los baños de la Casa del Obispo, aquí al lado. Pero luego,

pasado el tiempo y las reformas, como los baños perdieron importancia y, al parecer, a nadie le gusta lo viejo, me destronaron de mi sillar y, como no sabían qué hacer conmigo, me enterraron a unos metros de aquí.

—Y ¿cómo es que estás aquí ahora?

—Pues la vida da muchas vueltas. Hace unos años hicieron unas obras en esta biblioteca y, al cavar unas zanjas, ¡zas! Ahí aparezco yo, desenterrado. Quiero decir, no yo, sino esta especie de medio relieve que ves.

—¿Y entonces te pusieron en esta pared?

—Si es que no sabían qué hacer con mi estatua. Por una parte, les parecía algo artístico, pero por otra no sabían nada de mí. Así que me colocaron en esta pared, donde no estorbaba ni llamaba mucho la atención.

—Desde luego que no. Yo he estudiado Historia, pero desconocía que en Ávila hubiera una estatua tuya como esta. Me he acercado solamente porque es un lugar por el que no pasa nadie, nada más.

—Ya lo he visto. Si es que como soy ya viejo y tengo este aspecto desarrapado, nadie quiere nada conmigo. Si hasta tengo el tridente rojo. Ya ves, yo, hijo de Saturno y Ops, hermano de Júpiter y Plutón, que he sido el dios de todas las aguas y mares, y de todas las criaturas que las habitan. Yo, que he cabalgado las olas sobre caballos blancos, adorado por los antiguos romanos y hasta por los antiguos griegos, quienes me llamaban Poseidón, y...

—Ya veo, ya. Y parece que también te falta un brazo, ¿no?

—Sí, de tanto enterrarme y desenterrarme. Y ojo, que me han puesto aquí de milagro, porque estuvieron a punto de tirarme a la escombrera. Ya ves, como soy la estatua de un viejo achacoso, nadie quiere venir a verme. Al viejo lo esconden para que no desentone con las vistas.

—Pero eso que dices no es cierto. Ahí tienes, por ejemplo, a la Venus de Milo, que le faltaban los dos brazos. Más que a ti, que solo te falta uno. O a la Dama de Elche, que solo era un busto. Que ya son un rato viejas las dos, ¿eh? Y todo el mundo quiere ir a verlas. Hasta hay listas de espera. No sé por qué a ti no te han considerado.

—Sí, lo sé, pero ellas no eran divinidades como yo. En tiempos, todo el mundo quería tener una estatua mía al lado de la fuente, o del río, o de unos baños, para que el agua no se agotase. Pero poco a poco ha ido dejando de ser útil. Hoy en día el agua viene por tuberías de esas, y hasta las venden en botellas de plástico en las tiendas. Sobre todo, a estos turistas que pasan de largo por aquí. Ahora parece que ya no me necesitan, así que ya nadie me rinde culto. Y como sigan así, van a acabar olvidándome. Pero, a ver, digo yo, ¿qué han hecho por la gente de a pie la Venus esa, o la Dama de Leche?

—De Elche.

—Vale, listilla, lo que tú digas.

—Ya, si no se trata de eso. La historia va de que hay que ir aceptando que a medida que transcurren los años, el pasado glorioso se va marchando lentamente, para ya jamás volver. Y quizá, por mucho dios que hayas sido, debes ir adaptándote. No sé, ¿en el Olimpo tuyo no os dan cursos de calidad de vida para cuando llegue el momento de la retirada del ocaso de los dioses, o cómo lo llaméis?

—O sea que, según tú, a cada cerdo le llega su San Martín, ¿no?

—Pues claro, y a rey muerto, rey puesto.

—Gracias, de nada. ¿Pues sabes lo que te digo? Que, a palabras necias, oídos sordos.

—Bueno, al mal tiempo, buena cara.

—¡Descarada! Del árbol caído, todos hacen leña.

—Cada loco con su tema. Jope, voy a tener que dejar de fumar como siga teniendo estas visiones.